

*Historia de los heterodoxos españoles*, no se le puede acusar de la precitada extralimitación ó redundancia. En dicha historia el autor se ciñe al asunto, y no trata de las extrañas heterodoxias sino lo que es absolutamente necesario para el conocimiento de las propias y para el enlace de todo.

La *Historia de los heterodoxos* contiene un rico tesoro de rara erudición y de curiosas noticias; prueba que la intolerancia ó el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento, ni le atajó para que no se saliese de las vías católicas en busca de nuevos ideales; patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos; y nos defiende, por último, de la injusta acusación de haber sofocado entre nosotros el pensamiento filosófico, quitándole la libertad, y hasta de haber destruído la civilización hispano-semítica (hebráica y arábica), como pretende Draper, por ignorancia ó por malicia. Verdaderamente ocurrió todo lo contrario. Los Príncipes y reinos cristianos de la Península favorecieron y fomentaron la cultura de musulmanes y de judíos; dieron asilo, amparo y refugio á los sabios que huían de la persecución de los musulimes, especialmente en tiempo de las invasiones africanas, y no sólo estudiaron, tradujeron y comentaron la filosofía y la ciencia de los refugiados, sino que la difundieron por toda Europa, dando nuevo carácter á la escolástica de los siglos medios y marcando en ella nueva era.

A la cabeza de esta propaganda figuraron el Arzobispo de Toledo, D. Raimundo, y la escuela que favoreció y que formó de traductores y de imitadores, como Domingo Gundisalvo, Juan His-

palense y Mauricio Hispano. Por ellos, sin duda, fueron difundidas en toda Europa las doctrinas y especulaciones audaces de Ibn Gebirol, Maimónides y Averroes.

Prolijo sería seguir encomiando aquí como se merece la *Historia de los heterodoxos* y enumerar los muchos puntos oscuros que pone en claro en la historia general de la filosofía y de la teología.

No faltan críticos que censuren al Sr. Menéndez, sobre todo al juzgar su *Historia de los heterodoxos*, de sobrado intolerante, de fanático y aun de retrógrado, como vulgarmente se dice. La verdad es que el Sr. Menéndez se muestra en esta obra, valiéndonos también de otra palabra empleada por el vulgo en cierto sentido, menos liberal que se ha mostrado más tarde. Pero discutiendo sobre herejías y siendo él sincero y fervoroso católico, no se comprende que deje de reprobar y de censurar á los herejes, á los panteístas, á los materialistas y á los ateos. Aun así, el Sr. Menéndez, impulsado por su amor á la filosofía y á la ciencia, nunca deja de ensalzar la inteligencia y el ingenio de los egregios pensadores, por muy extraviados que los juzgue.

Hay además que tener en cuenta (porque ¿cómo negarlo?) que el espíritu del catolicismo se ha infiltrado, digámoslo así, hasta en la masa de la sangre de los españoles, prevaleciendo en los mismos giros y frases de la conversación familiar, y haciendo que hasta los hombres más revolucionarios y descreídos y más penetrados del espíritu moderno, hablen ó escriban á menudo, sin caer en ello, como pudieran frailes descalzos. Para tildar á alguien de cruel, de perverso y de



codicioso sin entrañas, le llaman *judío*; y para decir que alguien no está bien de salud, dicen que *no está muy católico*. No pocos sujetos suelen olvidarse, sobre todo en verso ó en prosa poética, del papel de progresistas que imaginan estar desempeñando, y suelen echar de menos, como el carlista más furibundo, un tiempo pasado que tal vez no existió nunca, y lamentar nuestra corrupción del día, y atribuir á la *funesta manía de pensar* el origen de todos nuestros males. En comprobación de lo dicho, pudiera yo citar millares de ejemplos; pero baste con uno ó dos. Tassara llama á la filosofía

Carnal matrona de infecundo semo,

á la cual condena porque

Nunca pudo engendrar una creencia,

al revés de como cualquier escéptico, y tal vez el mismo Tassara la condenaría hablando en prosa con más razón, por no haber engendrado sino creencias y no verdades científicamente demostradas.

Y Espronceda, nada menos que en la composición titulada *A Jarifa en una orgía*, atribuye la horrible situación de su espíritu y su furor desesperado á castigo de Dios, por haber pensado mucho en Dios y por haber querido descubrir la verdad velada, como si Dios considerase *delirio insano* y el más feo de los delitos la especulación metafísica y el nobilísimo y alto deseo de penetrar con la razón que puso en nuestra alma, hecha á

imagen y semejanza suya, en los arcanos profundos de la esencia, origen y fin de los seres: lo cual, para quien no blasfema de la bondad divina, no es pecado, sino la más sublime de las plegarias.

Todavía, pues, comparado con esta predisposición casi inconsciente, involuntaria y con hondas raíces que se nota en algunos escritores y en la mayoría del público español, el Sr. Menéndez, hasta en la misma *Historia de los heterodoxos*, llega á señalarse por su tolerante y elevada indulgencia y por su amor á las especulaciones encumbradas, á pesar del riesgo de extraviarse á que se aventura quien se consagra á ellas.

En defensa de nuestro valer científico, ó sea de la ciencia española en todos sus ramos, el Sr. Menéndez ha sostenido brillantes polémicas y ha dado á la estampa notabilísimos escritos, que forman, por lo menos, tres gruesos volúmenes en la *Colección de escritores castellanos*, de D. Mariano Catalina. Curiosísimo, erudito y de no poca novedad para los profanos es el *Inventario bibliográfico* que el Sr. Menéndez ha formado; pero, á mi ver, tiene mayor mérito todavía la elocuente y razonada carta dirigida al Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz. Es esta carta un espléndido cuadro sinóptico, una concisa apología, un epitome substancioso y claro de la historia del pensamiento español, desde las primeras edades hasta el día de hoy. Probado deja el Sr. Menéndez de un modo irrefutable que nuestra cultura tiene carácter original y propio; que en ella no ha habido solución de continuidad, y que el fanatismo y la Inquisición no han sofocado ni atrofiado entre nosotros el pensamiento, ni han impedido que en las



más elevadas esferas de la filosofía, de la moral, del derecho y de las ciencias exactas y naturales, discurra, descubra, invente y publique cada cual lo que mejor le parezca. España, pues, amordazada ó aletargada por la intolerancia religiosa, jamás tuvo que salirse del gremio de los pueblos progresivos y civilizadores.

El Sr. Menéndez siempre es juicioso y moderado y no gusta de exagerar y declamar; pero yo confieso mis dudas y vacilaciones sobre cierto punto, y mi recelo de que tal vez el Sr. Menéndez, arrebatado por el espíritu de contradicción, y en el ardor de la polémica, pondere algo más de lo justo nuestras cosas al compararlas con las extrañas. Yo creo que la confesión modesta de nuestra inferioridad en tal ó en cual disciplina puede muy bien hacerse sin faltar al patriotismo y hasta por patriotismo. No es antipatriótico confesar que en esto ó en aquello hemos sido hasta hoy inferiores, y es muy patriótico anhelar y esperar que aun en aquello en que hasta hoy hemos sido inferiores, podremos un día elevarnos á la altura de quien más ha subido. Bien podemos jactarnos de que nadie supera el valer y la gloria de nuestros navegantes y descubridores, de nuestros teólogos, dogmáticos y místicos, y de nuestros infatigables misioneros, que al difundir la luz del Evangelio entre apartadas y bárbaras naciones, han traído al acervo común del saber europeo los más peregrinos conocimientos filológicos y etnográficos, y han sido los primeros en mostrar ante los ojos de las personas cultas la flora y la fauna de remotos países, y los ritos, creencias, leyes, costumbres é idiomas de los pueblos que los habitaban. La enu-

meración apologética de nuestros merecimientos sería muy larga de hacer aquí. Me contento con indicarlo, y la doy por hecha. Permítaseme ahora exponer, no una afirmación que limite la apología, sino una duda que me atormenta, sin saber bastante para salir de ella, ora afirmando, ora negando. La duda es la siguiente: ¿los extranjeros que han escrito la historia del movimiento intelectual la han amañado á su gusto, ó en ciertos puntos las cosas son como ellos aseguran? Lulio, Sabunde, Vives, Suárez, el escéptico Sánchez, Foxo Morcillo y varios otros, son filósofos importantes; ¿pero deben serlo tanto como en la Edad Media San Anselmo, Alberto Magno, Rogerio Bacón, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y el sutil Escoto? ¿Tenemos en la Edad Moderna filósofos que equivalgan á Descartes, á Malebranche, á Hume, á Leibnitz, á Kant, á Fichte, Schelling y á Hegel? Se dirá que los más de ellos fueron impíos, que sus invenciones son vitandas y que sus sistemas son un cúmulo de errores monstruosos. Se dirá que más bien debemos alegrarnos que affigirnos de que no sean nuestros compatriotas; pero no puede negarse la admirable potencia sintética de sus espíritus y el atrevido vuelo de ingenio creador y la inspiración soberana que emplearon para crear sus pasmosos sistemas, aunque sean falsos y absurdos. En esto, y mirado todo con puro amor artístico, me inclino á decir como Lessing: que si me pusieran la verdad en una mano, y en la otra el esfuerzo, el brío y el talento que se emplean para buscarla, juntos con el afán deleitoso que se experimenta y se goza buscándola, preferiría todo esto á la verdad misma.



Pero también en las ciencias exactas y naturales, de cuyos resultados nadie niega la verdad, dudo yo de que hayamos tenido hombres como Galileo, Copérnico, Newton, Keplero, Linneo, Cuvier, Lavoissier, Galvani y Volta, Franklin y Edison. No es esto impugnar al Sr. Menéndez y Pelayo, sino exponer candorosamente una duda que él acaso tenga como yo, si bien no podía exponerla tan á las claras, haciendo concesiones á sus adversarios españoles, que creen y sustentan que España ha valido siempre poco filosófica y científicamente.

La cuestión, por otra parte, no está bien estudiada ni bien dilucidada aún. Acaso el Sr. Menéndez logre estudiarla y dilucidarla por completo, cuando redacte y publique con la amplitud y el reposo convenientes las hermosas lecciones que sobre el pensamiento especulativo de España está dando en el Ateneo de Madrid, con el entusiasta aplauso de la numerosa y escogida concurrencia que acude á oírle.

Mayores y más extraordinarios que los servicios que el Sr. Menéndez ha prestado hasta hoy á la filosofía y á la ciencia españolas, son los que presta de continuo á nuestra literatura con fecundidad inagotable y con facilidad pasmosa para el trabajo.

Prolijo sería recordar aquí lo mucho y bueno que el Sr. Menéndez ha dicho en la cátedra y ha expresado sobre la materia en sus preciosos escritos, tan agradables de leer por la tersura y elegancia de su claro y fácil estilo, y tan dignos de admiración por el saber que denotan, y más aún por el sereno y recto juicio con que lo aprecia

todo y por la elevada comprensión intelectual con que lo ve y lo coordina.

No daré cuenta aquí, ni encomiaré como lo merecen, su *Horacio en España*, sus estudios sobre Arnaldo de Vilanova, *Calderón y su teatro*, escritores montañeses y traductores de la *Eneida* y la *Iliada*. Ni tampoco hablaré de sus elegantes y eruditos discursos académicos, entre los que descuellan el de recepción en la Academia Española acerca del misticismo en nuestra poesía, y los elogios de Francisco Sánchez el escéptico y de Don Benito Pérez Galdós el novelista. Me limitaré, pues, á decir algo acerca de dos obras extensas y capitales que el Sr. Menéndez está escribiendo y publicando ahora.

Es una de ellas la edición monumental de las obras completas de Frey Lope Félix de Vega Carpio, que por encargo de la Academia Española el Sr. Menéndez dirige é ilustra. Ocho gruesos volúmenes van ya publicados de esta magnífica obra, y todos ellos contienen sendas introducciones y notas que aclaran el texto, y donde el Sr. Menéndez luce pertinentemente su rara erudición, su elevado criterio y la amenidad de su estilo. Sobre cada drama hace una disertación tan curiosa y discreta como entretenida. Si el drama es mitológico, nos refiere el origen y las transformaciones de la fábula que le da asunto, buscándola en la India, en Egipto, en Fenicia, en el Asia Menor ó en el centro del Asia; explicando cómo se modificó y heroseó entre los griegos, y citando para ello los antiguos historiadores y poetas. Asimismo menciona y juzga los poemas y los dramas que sobre el mismo asunto se han escrito en otros paí-



ses antes y después de Lope. Y si el drama es histórico legendario, sube el Sr. Menéndez hasta el manantial de la leyenda, y siguiendo su curso por medio de las viejas crónicas, de la tradición oral y de la poesía popular épica, nos conduce al momento en que Lope se apodera de la leyenda para componer su drama, cuyo mérito aprecia y tasa el Sr. Menéndez, en mi sentir, sin ponderación extremada.

Muy de alabar es igualmente en esta edición de Lope el orden atinado en que hasta ahora van apareciendo las numerosas producciones de aquel autor fecundísimo.

Por encargo asimismo de la Real Academia Española, y con ocasión del cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Sr. Menéndez compuso y dió á la estampa, pocos años há, otro trabajo, cuya importancia no consiente que sobre él se guarde silencio. Me refiero á la *Antología de poetas hispano-americanos*. Consta dicha colección de cuatro tomos bastante voluminosos, aunque no se insertan en ella sino poesías de autores que ya murieron. A mi ver, más puede censurarse esta *Antología* por lo que en ella sobra que por lo que en ella falta, si bien críticos hispano-americanos echan allí de menos un sinnúmero de composiciones y de poetas. Justo es presumir, sin embargo, que el peculiar y exagerado patriotismo de cada uno de los críticos ha influido mucho más que la razón en esta censura. Como quiera que sea, no ha de negarse que los varios discursos preliminares ó introducciones con que el Sr. Menéndez ilustra la colección, forman en su conjunto una excelente historia de la literatura hispano-americana,

donde, sin menoscabo del recto juicio, se notan la benevolencia y el amor con que el Sr. Menéndez examina, critica y alaba á los poetas de aquellas Repúblicas, las cuales, por más que estén políticamente separadas de España, tienen por ciudadanos á hombres de nuestra sangre y de nuestra lengua, cuyo valer y cuyos progresos nos lisonjean, y cuya decadencia y esterilidad no podrían menos de desconsolarnos y, en cierto modo, de infundirnos alguna duda sobre la vitalidad y el vigor de nuestra raza y de nuestra cultura castiza.

Más interesante y útil trabajo todavía es el que está haciendo y publicando el Sr. Menéndez bajo el título de *Antología de poetas líricos castellanos*. Seis tomos de esta *Antología* han salido ya en la *Biblioteca clásica*, de D. Luis Navarro. Las composiciones insertas en ellos no pasan aún del reinado de los Reyes Católicos. Tal vez aquí también podría algún lector descontentadizo tildar al Sr. Menéndez de pródigo en la inserción de versos. Una antología, ora sea hispano-americana, ora hispano-peninsular, es como ramillete de flores y debe contener poca hojarasca y menos espinas. Valga, no obstante, para disculpa de esta acusación, el valer histórico de muchos versos, que no se ponen por el deleite estético que produce su lectura, sino como documentos preciosos de nuestras costumbres, de nuestro idioma y de nuestro pensar y sentir en los pasados siglos. Pero lo que es digno de mayor aplauso para el Sr. Menéndez, son los sendos prólogos que los seis tomos contienen; prólogos tan extensos, que en algunos tomos pasan de 400 páginas, sin que haya en seguida ó apenas haya versos que sean *prologuizados*. Raro es esto;



¿pero cómo ha de ser censurable cuando, sin que lo esperemos y como por sorpresa y con modesto disimulo, el Sr. Menéndez va tejiendo en dichos prólogos una admirable historia de la poesía española? Llámela prólogos ó como se le antoje, bien puede afirmarse que la historia de la poesía española, escrita por estilo magistral, con profundo saber y elevada crítica, quedará terminada y completa hasta el día de hoy, cuando el último tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos* pase de la imprenta á los escaparates de los libreros. Y aún conviene notar que el Sr. Menéndez, no sin que lo requiera el asunto, sino para su mejor exposición é inteligencia, traza á veces, con felices y valientes rasgos, no poco de nuestra historia social y política, que sirve de fondo á los retratos y juicios de los poetas y personajes literarios, los cuales solían ser hombres de Estado y de guerra, príncipes, magnates y aventureros, más notables y más dignos de memoria por sus intrigas, hazañas y lances de amor y fortuna, que por las *coplas* que nos han dejado en los cancioneros, en una edad en que era entretenimiento cortesano, primor y moda el componerlas. Con energía concisa y con mano diestra y fiel nos pinta, no ya meramente como literatos ó versificadores, sino con todas las prendas de su carácter y actos de su vida, al Canciller López de Ayala, por ejemplo; á Don Enrique de Villena, al Marqués de Santillana, á Mosén Diego de Valera, á los Manriques y á muchos otros. Y sus cuadros, por último, de determinadas épocas y de las revoluciones y cambios que abren nuevos horizontes y marcan era, se distinguen á menudo por su fidelidad y por su dicción sinté-

tica y jugosa. Así, pongo por caso, la descripción de la galante y sabia Corte de Nápoles en tiempo de D. Alfonso V *el Magnánimo*, y la de aquellas pasmosas mudanzas y rápida transformación, debidas á los Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando, por cuya virtud surgió, del seno de la turbulenta y desbaratada anarquía en que estaba Castilla en el reinado de Enrique IV, España unida y briosa, dilatando su poder por islas y continentes antes desconocidos, dominando en Italia, rivalizando con Francia y aspirando, no sin fundamento, á la hegemonía en toda Europa.

Yo celebro, á par de la mayoría de los españoles aficionados á las letras, la erudición asombrosa del Sr. Menéndez. En su memoria guarda un inmenso tesoro de saber, bien clasificado y ordenado. Apenas habrá literatura que él desconozca, y de todas se diría que ha leído y estudiado las obras maestras en los textos originales: en hebreo, en griego, en latín y en los principales idiomas de Europa, de los que sabe al menos lo bastante para entender y traducir cuanto en ellos se escribe. Pero más aún que todo esto, admiro yo en el señor Menéndez la perspicaz agudeza con que penetra en el hondo sentido de las cosas, el dichoso tino con que las expresa luego, y la inspiración y el arte de eminente escritor, de que en tan difícil empeño hace gala.

En todas partes, y en nuestra España también, se escatiman y restringen las alabanzas. El erudito apenas se concibe que sea elocuente y original. A quien se concede gran memoria, se le niega ó se le quita entendimiento, sensibilidad y fantasía. Y rara vez al investigador estudioso se atri-



buye el don de egregio escritor ó de poeta inspirado. Conste aquí que al juzgar al Sr. Menéndez nos apartamos de esta regla ó de esta costumbre, en general harto seguida, no lo negamos, por motivos y razones que lo justifican, ya que la riqueza y poder de algunas facultades y prendas del alma parece natural que se posean á costa de la carencia ó escasez de otras. Yo, sin embargo, creo que el Sr. Menéndez es tan excelente escritor como notabilísimo erudito, sin que le niegue tampoco el lauro de poeta. No es culpa suya, en mi sentir, sino culpa del mal gusto reinante, que no se celebren, al igual ó por cima de muchas celebradas poesías contemporáneas, las dos hermosas epístolas sobre Horacio y sobre los autores griegos, las dos sentidas y elegantísimas elegías *A la galerna* y á la muerte del primogénito de los Marqueses de Aranda, varias canciones amatorias y varias traducciones rítmicas, en especial *El ciego* y *El joven enfermo*, de Andrés Chenier, y *Los sepulcros*, de Hugo Fóscolo.

Satisfecho, sin duda, el Sr. Menéndez con la alta y dilatada fama de que goza como erudito, como crítico y como fácil, brioso y ameno prosista, bien puede consolarse de la poca atención con que el público, reñido ó desdeñoso hoy con los versos, mira, ó mejor diré, no mira ni ve los que el Sr. Menéndez ha escrito. Mientras no amanecén días de más atinado amor á la forma poética, que algunos pretenden hoy que va á desaparecer, bástele al Sr. Menéndez la gloria de concurrir como nadie á la restauración en la mente popular del pasado científico y literario de España, en su mayor amplitud, comprendiendo en esta Espa-

ña á Cataluña, aunque allí se haya escrito y se vuelva á escribir en lengua que no es la castellana; á Portugal, aunque constituya Estado distinto, y á las repúblicas españolas de América, aunque estén separadas de su antigua metrópoli.

Este conocimiento que tiene el Sr. Menéndez de nuestras ciencias, letras y artes, y la eficacia con que le difunde entre el vulgo, importan y valen mucho para conservar la cohesión de nuestro pueblo, cuyas desventuras le abaten y tiran á que se disgregue. No corto influjo ejerce y ha de ejercer el Sr. Menéndez y cuantos le siguen é imitan en su tarea, para que nuestra conciencia nacional salga de su letargo, se rejuvenezca, recobre sus antiguos bríos y reverdezcan y florezcan en ella, no vanas ilusiones, sino razonables y altos deseos y bien fundadas esperanzas. La nación que fué grande, que no se olvida de que lo fué, y que al comprender su pasada grandeza no se contenta con extasiarse en su contemplación para consuelo de la miseria presente, sino que la pone como firme base de otros ideales y aspiraciones, y se vale de ella como estímulo para lanzarse á conseguirlos, no es una nación muerta, sino una nación que ha de resurgir activa, feliz y poderosa en mejores días. El gran movimiento intelectual de Italia, iniciado y seguido por Parini, Alfieri, Balbo, Gioberti, Rosmini, Leopardi, Manzoni y tantos otros, allanó el camino á Cavour, Víctor Manuel y Garibaldi, y preparó la unidad de Italia. Y los grandes poetas y filósofos alemanes, desde Lessing hasta Hegel, se diría que destilaron de sus pensamientos la esencia y el espíritu que animó á los Príncipes de Prusia, á Bismarck y á Moltke.



Fuera de sazón en estos amargos días de luto y sonrojo, sería ambicionar nada para la patria, salvo el sosiego de que há menester para alivio de sus dolencias y para curación de sus heridas; pero bien podemos decir que, aplicándonos con amor y esmero al estudio y examen de nuestro pensamiento nacional y de su manifestación y progreso en la historia, conservaremos, rectificaremos y quizás magnificaremos la conciencia de nuestro sér, la virtud plasmante que debe mantener la nación unida y la capacidad ó potencia de una renovación gloriosa, por desgracia quizás harto distante de convertirse en acto.

JUAN VALERA.

ALFREDO MOREL-FATIO

CARTAS ERUDITAS

DEL

MARQUÉS DE MONDEJAR Y DE ETIENNE BALUZE

(1679-1690)

Sólo para contribuir al *Epistolario español erudito*, que un día ú otro habrá de coleccionarse por quien tenga medios y competencia para llevar á cabo obra de tanta utilidad é interés, y mejor que nadie el amigo y maestro á quien se dedica este libro, publico las siguientes cartas que en poco más de un decenio se escribieron dos de los principales eruditos del siglo XVII.

D. Gaspar Ibáñez de Segovia, hijo de los señores de Corpa, y que, por su casamiento con Doña María Gregoria de Mendoza, reunió los títulos de Marqués de Mondéjar, Valhermoso y Agrópoli, es tan conocido, que parecería excusado detenerme en reseñar aquí lo que otros han dicho y todo el mundo sabe (1). Basta recordar que, nacido en Madrid el 5 de Junio de 1628, después de larga vida consagrada en su mayor parte á la averiguación de muchísimos problemas de historia y cronología, retiróse á su Estado de Mondéjar, donde murió el 1.º de Septiembre de 1708. Por los años de 1680 reunía en su casa de Madrid tertulia diaria, á que asistían varios aficionados á los estudios históricos, y donde se tomaba chocolate y se hablaba de los asuntos que podrían interesar á tan ilustrados

(1) Véase la noticia bio-bibliográfica dedicada al Marqués de Mondéjar por Alvarez y Baena, *Hijos de Madrid*, tomo II, página 304.